

Festejar las distopías

ARMANDO OVIEDO

50 El nacionalismo por un lado y la modernidad por otro son las rutas de una historia que ha dejado de ser lineal y que ya no avanza de la barbarie a la civilización, pues existen nuevas estrategias de investigación...

En México se festejará, no sabemos si con bombo y sin platillo, el bicentenario de la Independencia (1810) y el centenario de la Revolución Mexicana (1910), sucesos históricos representativos de nuestra idiosincrasia nacional. Ambos momentos han rebasado la fecha para instalarse, por las continuas investigaciones, en hechos sociales que cada vez más definen el perfil patriótico y moderno de nuestras raíces.

Este doble festejo se dará en dos momentos clave del tiempo: es el siglo XXI y ya no gobierna el partido institucional que durante mucho tiempo se encargó de difundir y promover lo que fuera la historia oficial, historia que le dio más satisfacciones a los miembros del poder que a quienes deben usufructuar los beneficios de cambios y guerras, de volteretas y poderes.

Con estos detalles históricos, la Independencia y la Revolución se presentan como momentos incómodos y prototípicos de un gobierno que no sabe cómo festejar ¿o criticar? pues desde el año 2000 para ellos comenzó la historia de los triunfadores. El nacionalismo por un lado y la modernidad por otro son las rutas de una historia que ha dejado de ser lineal y que ya no avanza de la barbarie a la civilización, pues existen nuevas estrategias de investigación; lo didáctico, lo apologetico y lo literario, presente en el análisis histórico, ha dado nuevos enfoques a nuestro estar en la sociedad mexicana del siglo XXI.

Dice Carlos Pereyra, "...es tarea de la investigación histórica recuperar el movimiento global de la sociedad, producir conocimientos que

pongan en crisis las versiones ritualizadas del pasado y enriquecer el campo temático incorporando las cuestiones suscitadas..." (*Historia ¿para qué?*, 1980).

Desde la recuperación y producción de conocimientos históricos con crítica, y antes, mucho antes de que sean rojas las hormigas y azules los festejos, aparece el libro *La bottega de la Revolución. Conflicto armado y creación artística* del poeta e historiador Rafael Torres Sánchez (Culiacán, Sinaloa, 1954), autor que ha bordado fino sobre los sucesos amplios de la revolución, incidiendo en los detalles de la vida cotidiana; baste recordar un clásico de los estudios de la minuciosidad histórica, *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*.

La obra que teje el escritor sigue con el portento de la poderosa minúscula de lo cotidiano en la historia, es minuciosa y sabia; ese sistema de trabajo lo mantiene tanto en sus ensayos como en su poesía. La poética de la vida es pendular en el tiempo y el espacio; su poesía es del presente y sus versos van a la raíz, a la tierra que pisa. Por el contrario, en sus ensayos históricos el periodo de la Revolución mexicana busca dar la cara en el momento justo, como sus crónicas, tan llenitas de ayer y hoy. De su poesía podemos destacar *Fragmentario, Arribita del río, El arquero y la liebre, Ejercicios*

en *el cementerio* y *Bastón de ciego*; en sus ensayos, el citado *Revolución y vida cotidiana*... además de *Jalisco, el tránsito de la revolución* y el aún inédito *Balzac para historiadores*.

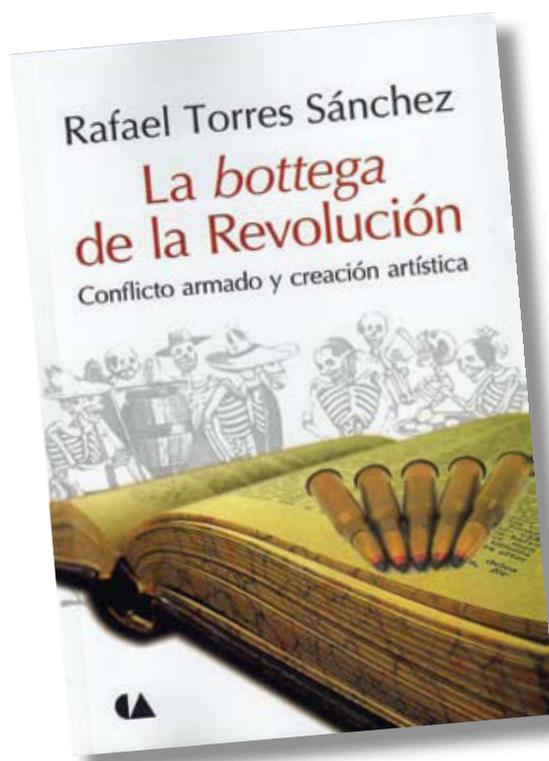
No es casual entonces que el autor haya decidido utilizar el término "bottega" para especular lo que de histórico tiene la creación artística en el tránsito de los tragafuegos y tragabalas de la revolución. Como pocos saben, "bottega" es —fue— el taller donde el aprendiz y el maestro no bailan pero sí se dan la mano, indagando lo que de bueno tiene la construcción grandiosa, en este caso el conflicto armado de 1910. En este periodo no todo fueron batallas, asonadas, muertes, fusilamientos, la consabida fiesta de las balas. Dentro de ese momento, o al mismo tiempo, sucedieron cosas invisibles para el ojo humano pero simultáneo en su concreción.

En *La bottega*... estamos ante una particular lectura del conflicto armado, ahí donde la sincronía y la diacronía danzan en perfecto desorden social con el caos revolucionario. Danza macabra que en cualquier momento, sabemos, pudo desviarse hacia el hoyo negro del desorden; los actos heroicos o sencillos pudieron, por escasos milímetros, producir una *distopía*.

De haber triunfado otra fuerza de destrucción, en estos momentos estaríamos festejando el triunfo de la derecha y... ¡ah caray! ¿Qué pasó?

Imaginemos entonces, desde la realidad, una distopía; si entendemos por esto lo contrario a utopía; es decir, lo que no se cumplió o lo que un día intentó ser y no fue. Las distopías son más territorio de la ciencia ficción porque distopía es una sociedad futura que torció el camino al andar, esa que desconfió del pasado, que se entretuvo imaginando "que hubiera pasado si gana la reacción...". Un ejemplo de ello lo constituye *Watchmen* (Zack Snyder, 2008) que presenta en 1985 un Estados Unidos alterno al que se conoce en ese momento.

Dice Jacobo Cruces. "Las distopías comenzaron a proliferar a finales del siglo XIX, y han continuado hasta nuestros días. Expresan miedo, el miedo a la aparición de una sociedad gobernada por



una élite dirigente que aplasta al individuo, de una u otra manera, y protestan contra diversos sistemas políticos o sociales: socialismo, comunismo, capitalismo, fascismo, feminismo, gobierno secular, tiranía religiosa, anti ecologismo..." Otros ejemplos de este camino torcido aparecen en la narrativa de la ciencia ficción, como es el caso también de *1984* de George Orwell, o *Un mundo feliz* de Aldous Huxley.

El libro de Rafael Torres Sánchez no habla de una distopía, pero México parece vivir en ella desde el año 2000. No. *La bottega*... avanza por los valles de esa cumbre llamada Revolución Mexicana y se interna en parajes no pisados, brechas apenas abiertas, como las venas de la sangre campesina, del conflicto. El libro es todo un taller del que emanan testimonios narrados, literatura de la Revolución con datos que juegan con lo preciso y lo precioso, con el engalanamiento del parte militar, o los comentarios apenas sugestivos del revolucionario que no llegó a ser un héroe que todos recuerden o lo hagan calle o monumento didáctico.

Cómo es típico en el tópico del poeta, el orden de los factores de análisis tiene un montaje escénico, interesante y dramático. Lo ordinario, representado por la vida cotidiana del momento revolucionario, y lo extraordinario, representado por la creación artística que surgió de ese momento y aún se prolongó como un eco allende las fronteras de la guerra, forman un momento cumbre de difícil situación fechable como quieren los homenajes del 20 de noviembre.

52 No es casual entonces que el autor haya decidido utilizar el término “bottega” para especular lo que de histórico tiene la creación artística en el tráfigo de los tragafuegos y tragabalas de la revolución.

Entonces ¿cómo acotar un conflicto armado que se desbordó por los cuatro costados, que no llegó a copar el territorio nacional pero lo suplió con información y propaganda? Dice Rafael Torres Sánchez, “Lejos de extinguirse en los hechos de armas, las revoluciones se extienden hasta abarcar la reconstrucción, plena también de fricciones, roces y aun recrudescimientos bélicos sofocados por las fuerzas leales a un gobierno en proceso de consolidación e institucionalización”.

En el taller del maestro, en *La bottega de la revolución...*, nada se crea ni nada se destruye, todo se transforma: de la forma quieta aparente del porfiarato al sanquintín de la fiesta de las balas. Pero ¿qué se construye y se destruye además de vidas, bodas y bolas? De los actos nacen hombres que se hacen libros al andar. En esos libros quedan los fragmentos de la vida arrebatada, y Torres Sánchez encontrará las esquiras de la fiesta de las balas, sopesará las lascas de un mausoleo llamado revolución institucionalizada.

Así es como se construye y se trabaja en la bottega, encontrando de donde viene ese trozo de vida, dónde quedó ubicado el sombrero o la cartuchera, la que no fue del golpe a golpe. A esta epopeya Torres Sánchez no le arrancó sólo un gajo sino que expone la naranja, al naranjo en flor y a la tierra con la que fue abonada. Y son sólo eso, sino que vio a esa epopeya crecer, desarrollarse y secarse a la sombra de la institucionalización: el cardenismo y su recurso temático narrativo más allá de la novela de la re-

volución (Juan Rulfo, Edmundo Valadés y ¿por qué no? hasta resabios en Daniel Sada, el de *Porque parece mentira ña verdad nunca se sabe*) “Ese taller (la bottega) –dice Torres Sánchez—se parece a los establecimientos renacentistas que combinan la creación artística con la producción mercantil de ropa y armamento, baúles y carruajes, adornos y hojas volantes, camas y puertas, herrajes e infinidad de objetos adaptados a los usos domésticos impuestos por la guerra: hamacas para viajar entre las ruedas de los vagones ferroviarios, tiendas de campaña para montarlas en los techos, latas de aceite adaptadas para cocer tortillas y demás alimentos, prendas de ropa, calzado de campaña. En las hojas volantes de colores llamativos los corrido encontraban el vehículo de transporte por excelencia...”. Es más o menos como la escenografía necesaria para montar una obra monumental, digamos *Lo que e viento se llevó* (Víctor Fleming, 1939) o *Gladiator* (Ridley Scott, 2000).

Rafael Torres Sánchez es un observador minucioso y todo ese trasterío que la Revolución Mexicana llevó y trajo la encuentra en el desván de la narrativa. Los olores, los sabores, las cosas disfrutables al tacto, lo escuchado, queda atesorado por y en esta bottega de los sueños rotos. ¿Distopía o realidad? Vaya tautología de la historia moderna.

Rafael Torres Sánchez, *La bottega de la Revolución. Conflicto armado y creación artística*. CNCA, México, 2008. 356 pp.